

PRIMERA PARTE

I

Creo que nunca he tenido miedo de personas ni de cosas, sino únicamente de señales y símbolos. Mi niñez estuvo envenenada por el tercer chopo del patio de la iglesia de san Pedro, misterioso, alto y negro, cuya sombra entraba en las noches de verano por la ventana hasta posarse encima de mi cama —cinta negra que me cortaba a rayas la colcha—, presencia que me asustaba, sin entender nada, sin preguntar nada.

Mas iba con la cabeza descubierta por las calles desiertas de la ciudad ocupada por los alemanes: unas manchas blancas en el cielo mostraban el paso de los aviones, las bombas caían lejos o cerca, aquí, a dos pasos, con un sonido seco y corto al principio para, después, producir un gran retumbo en el campo.

Mas miraba impertérrito, con una fría curiosidad de niño, las carretas cargadas de turcos helados que pasaban en diciembre por delante de mi puerta y jamás, ante aquellas pirámides de cuerpos colocados como tarugos en una pila de leña, me estremeció la presencia de la muerte.

Mas cruzaba el Danubio, en una lancha resquebrajada, hacia los pueblos de los lipovenos,¹ y cuando me parecía que la quilla podrida no aguantaría más me limitaba a remangarme la camisa. Y bien sabe Dios lo malo que soy nadando.

¹ Grupo de población de origen ruso establecida en la desembocadura del Danubio y dedicados primordialmente a la pesca. N. del t.

No, no creo haber sido nunca miedoso de verdad, aunque los griegos² del jardín grande, que nos apedreaban cuando nos pillaban allí, me gritaban todos los días desde que me conozco, y aunque he crecido con ese grito arrojado por detrás como un gargajo: cochino judío miedoso.

Mas sí sé lo que es el miedo. Eso sí. Me han aterrado hasta quedarme agarrotado, hasta la parálisis, pequeñas cosas junto a las que el resto de la gente pasa insensible pero que irrumpían en mi vida con grandes dimensiones, con hondos presentimientos. En vano me acercaba de día al chopo del otro lado de la calle, en vano le palpaba la corteza negra y le arrancaba, haciéndome sangre en las uñas, astillas de la madera que las grietas dejaban al descubierto. «Sólo es un chopo», me decía apoyándome de espaldas en él, para sentirlo de cerca y no olvidarlo. Pero lo olvidaba por las noches, cuando me quedaba solo en mi cuarto, acostado, como de costumbre, a las diez: desde la calle aún llegaban pasos de viandantes, voces ahogadas y algún que otro grito lejano. Luego venía el silencio de siempre, según un ritmo y una gradación que ya conocía. Haciendo un esfuerzo, tal vez conseguiría ahora recordar las tres o cuatro pulsiones interiores con las que empezaba mi noche, auténticos peldaños que me bajaban físicamente a la oscuridad y al silencio. Entonces la sombra del chopo me encontraba agarrotado, con los puños apretados y los ojos abiertos de par en par, queriendo gritar pero sin saber cómo ni a quién.

*

Curioso descubrimiento el de ayer en la librería de viejo. George Gissing, *La rançon d'Eve*. Libro de alrededor de 1900, me parece. Sin datos del autor (seguramente, inglés). Fueron cuatro horas buenas.

² Se refiere a rumanos de origen griego, abundantes en la zona en la época en que se desarrolla la novela. N. del t.

Cuando lo acabé, salí a la calle a comprar los periódicos de la tarde. Otra vez ha habido palos en Medicina, sobre todo, y en nuestra Facultad. Hoy tampoco he ido. ¿A qué?

*

Me paró en la calle Marcel Winder para decirme que le han vuelto a pegar otra vez.

—Es la octava —me dijo, sin precisar si es la octava paliza o sólo la octava herida. En verdad, tenía un moratón negro debajo del ojo izquierdo. Estaba dicharachero, casi contento, en cierto modo altanero. Desde luego, yo no he sido digno de eso. Lo he eludido. Al parecer, los chicos se están preparando para el diez de diciembre, pero Winder no quiso darme detalles.

—No es para ti, chaval. Tú tienes inquietudes de orden superior. Y, casualmente, oh, sólo casualmente, tus inquietudes superiores te impiden venir con nosotros en momentos de peligro. Simple coincidencia.

Winder está perdiendo el tiempo. Ha equivocado la cuerda porque no tengo semejantes vanidades.

*

De una carta de mi madre recibida hoy:

«...Y, sobre todo, no vayas a la facultad. He leído en el periódico que han vuelto a empezar las grandes palizas y el hijo del fabricante de gorras, que ha venido a su casa, me ha dicho que ahí las cosas están peor que en ninguna otra parte. Deja a los demás que hagan barbaridades. Tú hazle caso a tu madre y quédate en casa».

«Deja a los demás que hagan barbaridades». Si supiera mi madre cómo suena esa frase...

*

¿Será esto todo? Esta mañana fui a clase de Derecho Romano. Nadie me dijo nada. Estuve tomando apuntes sin parar para

no verme obligado a levantar la cabeza del pupitre. A media clase, cayó una bola de papel en mi pupitre, a mi lado. No la miré ni la abrí. Alguien me llamó en voz alta por mi nombre, desde detrás. No volví la cabeza. Mi vecino de la izquierda me miraba con insistencia, sin decir una palabra. No pude aguantar esa mirada fija y alcé los ojos.

—¡Sal!

Me lo dijo seco, cortante. Se levantó de su asiento, hizo sitio y esperó. A mi alrededor noté un silencio tenso. No respiraba nadie. Un gesto por mi parte y ese silencio habría estallado.

No. Abandoné el pupitre y pasé inseguro entre dos filas de miradas. Todo ocurrió en orden, de forma ritual. Sólo alguien, junto a la puerta, me lanzó a toda prisa un puñetazo que únicamente me alcanzó a medias. Un puñetazo tardío, camarada.

Salí a la calle. Una chica guapa, una galera vacía que pasaba. Todo en plena normalidad: una fría mañana de diciembre.

*

Winder estuvo buscándome para felicitarme por la hazaña de ayer. No sé quién se la habrá contado. Me dejó una nota pidiéndome que fuera pasado mañana al hogar estudiantil. Están organizando un grupo para cada facultad. Los chicos quieren, a toda costa, estar presentes el diez de diciembre en las clases. Cuestión de principios, dice Winder.

Y todo eso me aburre mortalmente. Me gustaría un libro claro, grande y severo, de pensamiento opuesto al mío, un libro que leería con la vehemencia de mi primera lectura de Descartes. Cada capítulo era una lucha personal.

Pero no: heme aquí metido en una «cuestión de principios». Ridículo.

*

Diez de diciembre. Tengo que ir derecho, con la cabeza descubierta en medio de la lluvia, sin ver nada, siempre adelan-

te, sin mirar ni a derecha ni a izquierda ni atrás, sin gritar, sobre todo sin gritar, dejando que pasen por mi lado el alboroto callejero, la mirada de la gente, este momento de embrollo. Así. Si cierro los ojos, sólo queda la lluvia menuda; siento las pequeñas gotas en el rostro, serpenteando desde las cejas hacia la nariz y, de ahí, cayéndome de repente a los labios. ¿Por qué no seré capaz de vivir la indolente tranquilidad de un caballo que arrastra tras de sí un carro vacío por el barro, en medio de la tormenta?

Soy un hombre apaleado. Esto es todo lo que queda. No me duele nada y, salvo el puñetazo en la cadera, nunca me han dado un golpe fuerte. El tipo tenía una cara curiosa debajo de la gorra. Hasta que no le vi la mano levantada no creí que me iba a dar. Era un extraño, debía de ser la primera vez que me veía.

Soy un hombre apaleado y el mundo no se para por eso. El Banco Ítalo-Rumano, capital invertido 50.000.000. Donde Minimax vigila no se prende fuego. La capital de Islandia es... ¿Por dónde andará Isidor Leivovici? Si ha dado con la puertecita de secretaría se habrá librado. Si no... ¿Y cuál será la dichosa capital de Islandia? Cristiania no, hombre de Dios, ni Oslo tampoco, que son lo mismo...

Si lloro, estoy perdido. Aún me conozco algo para saberlo. Si lloro, estoy perdido. Aprieta los puños, imbécil, eso es indispensable, tente por un héroe, reza, dite a ti mismo que eres el hijo de un pueblo de mártires, sí, sí, dítelo, date cabezazos contra la pared, pero si quieres volver a mirarte a los ojos sin que se te caiga la cara de vergüenza, no llores. Es lo único que te pido: no llores.

*

Si supiera que eso iba a resolver algo, rompería la página que escribí anteayer. Otro estallido patético como ese y renuncio al diario. La pregunta es si puedo entender con calma y con sentido crítico lo que me está pasando ahora conmigo y con los demás. Fuera de eso...

Dicen que esta tarde van a decidir la clausura de las facultades por tiempo indefinido.

II

Ayer, en el andén, al bajar del tren, a la luz mortecina de la estación, me pareció que mi madre estaba más delgada y envejecida que nunca. Debía de ser por su emoción de siempre, en el primer momento de volvernos a ver.

Su emoción... «¿Llevas todos los paquetes? ¿No se te ha olvidado nada en el tren? Abróchate bien el cuello. A ver si encontramos una galera...». Habla mucho, deprisa, sobre tantas cosas pequeñas y no se enjuga la lágrima de las pestañas por miedo a que la vea yo.

*

Primer paseo por la ciudad. Paso triunfal por la Calle Mayor, entre dos hileras de comerciantes judíos que me saludan ruidosamente, cada uno desde el umbral de su tienda, con una oculta señal de connivencia.

—No es nada, chicos, manteneos firmes, Dios es bueno, ya pasará.

«Desde hace dos mil años...», intentó explicarme el señor Moritz Bercovici (manufacturas y calzados) las causas de las persecuciones contra nosotros.

En la barbería, el maestro reclamó para sí el honor de cortarme el pelo y, durante la faena, me preguntó si me habían quedado huellas, cicatrices... En fin, «usted ya me entiende».

—No, no entiendo nada.

—¿Y la paliza?

—¿Qué paliza?

—La paliza de la universidad... ¿Es que no le pegaron?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

El hombre se quedó contrariado. Me cortó el pelo a des-gana, sin entusiasmo.

*

Tarde en familia. Mi prima Viky y su marido han vuelto del viaje de novios. Al parecer, está embarazada. Uno de mis tíos se divirtió mucho con el acontecimiento.

—¡Habéis trabajado bien!

Viky se puso colorada y su marido serio.

—¡Eh, muchacho, que ahora es el momento! Ha concluido bien. Quieres, no quieres, tienes ganas, no tienes ganas, es menester... ¿Sabes el chiste ese del tren?

Y contó el chiste del tren. Todo el mundo se rió a carcajadas. Desde un rincón, mi madre me miraba azorada...

¿Será posible que yo llegue a ser como todos ellos, un comerciante gordo, casado y contento, que me pase el domingo por la tarde jugando al póquer y diciéndoles procacidades a los jóvenes recién casados? ¿Sabes el chiste ese del tren?

A veces, me pregunto con temor si habré conseguido librarme de ellos del todo.

*

Le he pedido a mi madre que nos quedásemos en casa. Ella trabajaba y yo leía. De cuando en cuando, miraba por encima del libro y la veía guapa, tranquila, con la frente más sosegada que conozco, con los ojos un tanto cansados por la edad. ¿Cuarenta y tres? ¿Cuarenta y cuatro? Me da miedo preguntárselo.

—¿Cómo vives tú en Bucarest?

—Bien, pero ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Siguió trabajando sin mirarme.

—Mira, mamá, si cuatro mil es mucho dinero para mandarme...

No contestó nada. Pasé de una parte a otra de la mesa, le cogí la mano derecha entre las mías y se la apreté con un signo interrogante.

—Ya es tarde, hijo. Vete a dormir.

Tendría que haberlo sospecharlo hace tiempo. Las cosas marchan mal en casa. Ya no hay dinero. Le he dicho que, en adelante, dos mil al mes me bastarán. Viviré en la residencia de estudiantes. Allí se está bien, no se pasa frío, está limpia y es cómoda. (Parecía no creerme y me puse a contarle cosas de la barraca aquella de Văcărești,³ sorprendido yo mismo de los atributos que de pronto le descubría).

*

La estoy oyendo respirar desde su alcoba. Sé perfectamente que no duerme y que su respiración, con esa cadencia intencionada de quien se hace el dormido, la hace adrede para engañarme y tranquilizarme.

Qué tontería, tendría que darme vergüenza y no me da. A mi edad, no puedo irme de casa durante tres meses sin que se me encoja el corazón, sin esa añoranza que me embarga incluso antes de los abrazos de despedida. Si no me diese vergüenza, iría a darle un beso ahora mismo, como hacía todas las noches en otro tiempo cuando tenía alguna pesadilla. La pesadilla: esta maleta preparada para el viaje.

III

El placer de estar solo en un mundo que te toma por uno de ellos. No es orgullo. Ni siquiera timidez. Sino simplemente el quedarse uno, de forma involuntaria y natural, consigo mismo, dentro de sí mismo. A veces, me gustaría poder alejarme de mí físicamente y poder verme, desde un rincón de mi habitación, hablando, agitándome, alegre o triste, sabiendo que todo eso no tiene nada que ver conmigo. ¿Doble juego? No. Otra cosa, otra cosa.

*

He comido en la cantina entre un ruso, que olía que apestaba y hablaba chillando, y una chica delgada con las manos despelladas y los labios mal pintados. Suelo de cemento, frío, el abrigo echado sobre los hombros, el plato de metal esmaltado delante, el tenedor de estaño caído en el suelo.

Nunca seré un revoltoso social, yo que siempre he encontrado en ese momento, no sé de dónde, una sonrisa sin melancolía.

Contándome a mí, somos once muchachos en la habitación. Liova Sadigurski, mi vecino de la derecha, se afeita con las hojas usadas que le da Ionel Bercovici, el vecino de la izquierda. Por el momento, limito mis relaciones aquí. Me da miedo ir más lejos.

Por la mañana, cuando me despierto, me gusta escuchar en este cuarto largo y frío la respiración polifónica de estas diez personas que me rodean; la respiración entrecortada del estudiante de la Politécnica que hay junto a la puerta, el silbido de flauta de su vecino, los suspiros de Liova, el zumbido de abejorro que hace no sé quién por el fondo, junto a la ventana y, por encima de todos, pesados, zoológicos y dominantes, los ronquidos de Șapsă Ianchelevici, el gigante.

*

3 Una de las zonas judías del Bucarest de la época. N. del t.

Los veo volver por la tarde de la facultad, solos, uno a uno, cansados. Se cuentan los golpes con avaricia, como si fueran puntos de billar, no vaya a ser que el adversario se anote dos de más.

Marcel Winder va por el decimoquinto. Anteayer le rompieron el sombrero, lo cual lo coloca en cabeza en la senda del martirio. Se señala, en medio del patio, y en alta voz, el lugar donde tiene los golpes. Aquí, aquí y aquí...

*

Hoy le han quitado el colchón a Șapsă Ianchelevici. Lleva tres meses sin pagar y han tomado medidas. Y él mirando tan campante, apoyado en la pared, sin protestar. Por la noche, se tumbó en las tablas de la cama soltando una blasfemia. Le arrojé una de mis almohadas para que se la pusiera como cabecera. Me la tiró a su vez tan alto que casi rompe la bombilla y se dio la vuelta cara a la pared.

*

Ha sido un día duro. Se había decidido que entrásemos a todo trance en clase de Civil, donde iban a pasar lista. Hasta ahora, sólo habíamos ido aislados, en grupos de tres, todo lo más. Eso evita altercados mayores pero no sirve para nada porque, generalmente, nos identifican a todos y nos echan.

Así pues, hoy teníamos que cambiar de táctica. Hemos entrado en un grupo compacto. Nos hemos sentado en los pupitres de delante, junto a la cátedra. No responder a las provocaciones menores pero defendernos en caso de ataque. «Hasta el final», esa era la consigna.

Es una estrategia equivocada, me parece, pero no se lo diré a los muchachos, demasiado entusiasmados por su éxito de hoy. Es posible que a los otros también les hayan pegado, ¿pero quién ha visto a Isidor Leivovici aplastado en el rincón, junto a la pizarra, con el abrigo hecho jirones y un labio partido y lleno de sangre? Șapsă Ianchelevici ha hecho maravi-

llas: estaba pálido y serio, blandiendo la pata de una silla que había roto para la pelea.

Por la noche, Marcel Winder ha hecho la lista de los apaleados, para dársela al periódico. Le he dicho que me borre: no creo que me hayan dado más que un par de tortazos y, sobre todo, no hay necesidad de que se entere mi madre.

*

Frente en calma. Quizá esté creándose un estilo de la adversidad.

—Querido compañero, ¿tiene la bondad de enseñarme su carné?

Me rodearon tres y esperaron. Saqué mi carné y se lo tendí al que me preguntó.

—¡Ajajá! Le rogamos que abandone la sala. Por aquí —y me indicó el camino.

*

A Isidor Leivovici le han dado una tremenda paliza. Otra vez. Yo no estuve delante, pero me lo ha contado Marga Stern, que sí estuvo allí. Este chico está predestinado.

Me gusta su discreción firme, orgullosa y cortante.

—¿Otra vez, Leivovici?

—¿El qué?

—Que te han pegado otra vez.

—No.

—Que sí.

—Bueno, pues sí... Sabes tú mejor que yo si me han pegado o no.

Se giró sobre los talones y se fue con gesto hosco y la cabeza metida entre los hombros.

He perdido los guantes en medio del batiburrillo o me los han quitado. Y hace tanto frío... Qué miseria.

*

No, no soy ningún tipo fuerte. ¿Dónde están los juramentos que me hacía hace dos años, sobre las tapas del libro de Zoroastro, nada más cerrarlo? ¿Por qué estuve paseando anoche por la calle, solo, al buen tuntún, sintiéndome desgraciado por no poder llorar y asustado, al mismo tiempo, pensando que sí podía? ¿Por qué de noche, cuando reclino la cabeza sobre la almohada me enternece el cansancio de este movimiento, como si la pusiera sobre una piedra del camino adonde me han ahuyentado?

Imbécil, tres veces imbécil.

Lo que más me desespera es la sensación de ir perdiendo cada día la seguridad de mi soledad, el verme solidario con Marcel Winder y Șapsă Ianchelevici, descender por la escala del enternecimiento en común, volverme, a la vez que ellos y como ellos, un individuo que se compadece y se consuela a sí mismo. Cordialidad judía, cosa que odio. Me tienta el pensamiento de soltar una palabra brutal a las primeras de cambio, para que se sepa que, al igual que estoy aquí entre diez personas que me creen «su compañero de fatigas», yo estoy solo, absolutamente solo, definitivamente solo.

Oye, Marcel Winder, si me vuelves a dar golpecitos en el hombro, te doy un sopapo. Si me pegan, es asunto mío, y el tuyo si te parten la cabeza; yo no tengo nada que compartir contigo, tú no tienes nada que aprender de mí, vete por tu camino y yo me iré por el mío.

*

Hace tres días que no encienden la estufa. Se ha terminado la leña y están esperando la subvención prometida.

Liova está enfermo, tiene 39° de fiebre. Ha venido a verlo un interno de Caritas y ha prometido llevarlo allí en cuanto se quede una cama libre.

Al de la Politécnica se le han helado las orejas y se ha puest un vendaje con una tela grande amarilla que le tapa toda la cara y me da no sé qué cuando lo veo a la hora de comer, en la cantina, con el algodón y la gutapercha andrajosos.

Șapsă Ianchelevici se ha lavado los calcetines y los ha tendido al borde de la cama para que se sequen. Hoy ha venido a buscarlo una muchacha, creo que de su pueblo, y le ha traído una bolsa de nueces. Él se echó a reír cohibido: creo que le dio vergüenza cogerlas delante de nosotros.

¿No seré yo un tipo ridículo por tener, entre ellos, escrúpulos críticos y controlar el «porte»? Un esteta, eso es lo que soy. «Decencia, discreción y soledad», valores de tres al cuarto en cuyo nombre le pido al dolor ser una persona respetuosa.

Cuatro días sin afeitarse. Hace demasiado frío para pasarme un cuarto de hora delante del espejo.

*

Hoy ha habido una carrera que podría haber acabado mal. Bajaba de la administración, donde había ido a calentarme y estaba a dos pasos de la puerta, cuando me salió al paso Ștefăniu. No había estado observándome. Ahora me doy cuenta de que no me había estado observando. Pero entonces no tuve la suficiente calma para entenderlo y cometí la estupidez de darme la vuelta para no encontrarme con él y, en ese momento, me vio. Sólo me dio con el bastón (un buen golpe en el hombro izquierdo). Eché a correr de allí aunque me arriesgaba a atraer la atención de otros, y me fui por la izquierda, por el corredor. Él detrás de mí. Pasé por la galería de arriba hacia el senado, con intención de meterme en la sala de profesores. Pero la llave no estaba en la cerradura y no habría podido apalancar la puerta con el hombro. Suerte que estaba abierta la puerta que da a la escalera del senado. Suponía que cuando llegara a la calle no me seguiría. Y así fue.

Debería escribirle a mi madre esta noche. ¿Qué?

Las diez de la noche. Hace un rato trajo el estudiante de Medicina besarabiano dos trozos de madera en los bolsillos del abrigo. Pero como hace mucho que no encienden la lum-

bre, la estufa echa mucho humo y ahora, que se ha enfriado otra vez, hay un olor acre en la habitación que asfixia a Liova.

Alguien ha salido y se ha dejado la puerta abierta. Nadie se levanta a cerrarla. Ionel Bercovici está jugando al póquer en su cama con Marcel Winder y dos más a quienes no conozco.

De vez en cuando se oye la tos de Liova. Alguien está haciendo palmas porque eso lo pone nervioso o porque tiene frío.

*Sábado por la noche.
Cada judío es un rey
Y todos los rincones de las casas ríen
Y todo el mundo está alegre.*

Está cantando Șapsă Ianchelevici. Apoyado en la pared, con el abrigo por los hombros, con las manos en los bolsillos. Tiene una voz pausada, profunda, que sube con dificultad y tropieza en todos los finales de verso.

... a ieider i-id a melăb... cada judío un rey...

Es una tonadilla que ya he oído por alguna parte, hace mucho tiempo. En casa, quizá, cuando vivía el abuelo.

Me noto los ojos calientes. No es nada, chaval. No te ve nadie. ¿Y no sientes que eso te hace bien, oh, que es infinitamente mejor que el orgullo de apretar los puños y detenerte?

Canta, Șapsă Ianchelevici. Eres un tiarrón de veinticinco años que en tu vida has leído un libro, que has pasado por el mundo indiferente a todo lo que ocurre y tranquilo sobre tus piernas de animal bueno, te lavas tú solo los calcetines y te comes al mediodía un cuarto de pan con tres nueces, dices guarradas y te ríes de ellas, desde que existes no has contemplado un cuadro ni has amado a ninguna muchacha, blasfemas y tiras gargajos y, lo que son las cosas, ahora, mientras nosotros estamos aquí callados, como a la orilla de un camino, tú solo, Șapsă Ianchelevici, tal como eres, enojado, huraño y hambriento, tú eres el único que canta.

*

Había ido al rectorado en busca de una información. Al volver, el vestíbulo, que diez minutos antes estaba vacío, ahora estaba a rebosar. No reconocí a nadie. Pero parecía haber una algarada dura.

Así pues, bloqueado. Alguien me observó o me lo pareció a mí. Eché a correr por las escaleras. Subía los peldaños de tres en tres, golpeaba las puertas a mi paso y chocaba contra las paredes en los recodos. En el segundo piso, a la izquierda, pensé que así no iba a aguantar mucho. Me pegué a la pared y busqué con mano trémula una puerta. En tensión, apreté la manilla y estaba abierta.

Una sala pequeña e incómoda. Diez o doce oyentes. En la cátedra, un hombre muy joven: estudiante o ayudante. Estaba hablando. Debía de ser algún trabajo de seminario.

Aún estoy aturdido. No sé si tenía miedo de los de fuera o si era vergüenza por los de dentro. Era menester hacer algo que concentrase mi atención y me dominase. Saqué el lápiz y el bloc y me puse a tomar notas. Maquinalmente, abstraído, por pura necesidad de hacer movimientos organizados que me controlasen la emoción. No sabía de qué estaba hablando el hombre de la cátedra. Escribía como un taquígrafo, de forma mecánica. Sólo me preocupaba la marcha del lápiz por el papel, ajeno a todo cuanto estaban diciendo, ausente de todo lo que ocurría.

Y heme aquí ahora, por la noche, con este curioso papel en la mano:

«Hay algo profundo y artificial en el sistema entero de valores en que se apoya nuestra vida. No sólo en la economía política, donde las deformaciones son visibles y el mal fácil de localizar. Los trastornos monetarios son sólo los más evidentes, pero no los más agudos del viejo mundo. Hay otras desintegraciones más graves y otras agonías más tristes. No entenderemos nada de la crisis económica que estudiamos si nos centramos en sus aspectos técnicos. Estos son secundarios, absolutamente secundarios. No es un sistema financiero lo que se está viniendo abajo hoy, sino un sistema histórico. No están en liquidación unas

cuantas formas, hechos o detalles, sino toda una estructura. Si hay una crisis de la noción de valor en la economía y las finanzas, esta no es ningún hecho particular sino que se integra en una crisis general de valores en todos los planos de la vida moderna. Vivimos con muchas abstracciones, con muchas quimeras. Hemos perdido el suelo que pisamos. No sólo la relación entre papel moneda y oro se ha roto, sino también la relación entre todos nuestros símbolos y nosotros mismos. Hay una sima entre el hombre y el ámbito donde se mueve. Estas formas de vida que ustedes ven se han deshumanizado. Han perdido los rasgos propios del hombre.

»Tomen ustedes nuestras instituciones, una a una, las ideas, usos, saberes y tonterías nuestras, cójanlas una por una y denles con un martillo. Verán que suenan a hueco. La vida las ha abandonado, el espíritu se ha ido. ¿Por qué? No sé por qué. Quizá por abuso de la inteligencia. No estoy bromeando. Nos han creado una cultura y una civilización partiendo de la inteligencia como valor primario, lo que es un lujo bien caro y, además, es un atrevimiento exagerado. Entre la vida y nosotros, he creído que nosotros somos los que decidimos. Esto es una trágica osadía. Nosotros no somos nada y hubo un tal Descartes que creyó lo contrario. Miren, estamos pagando los platos rotos por él trescientos años después.

»Me temo que hoy haya llegado el tiempo de los tonos. Es decir, no lo temo de ninguna manera. Me alegro. Porque he visto lo que la inteligencia sabe hacer y donde nos lleva. Ahora, arrepentidos, apesadumbrados y con el cansancio de tres siglos, regresamos a los bosques de la idiotez y de la vida viva.

A eso lo llamarán oscurantismo. Tanto mejor».

No es ni estudiante ni ayudante. Es profesor de Economía Política. Este año está dando un curso sobre «La noción de valor en la historia de las doctrinas económicas». Se llama Ghiță Blidaru. Los chicos lo llaman simplemente Ghiță.

Viene de Múnich o de Berlín, no lo sé muy bien. Es mayor de lo que aparenta y más joven de lo que es: treinta y cinco años. Tiene el rostro liso, largo y asimétrico, sonrisa un tanto tímida y sus cejas unidas tienen algo de imperiosas. Habla con dejadez, lento y se interrumpe a veces con un «no», como un punto de fuego.

De la clase de hoy, un pasaje que sólo ha sido un paréntesis:

«¿Ser lógico? Ser lógico no es, como dirán los libros de ustedes, pensar según fórmulas y ecuaciones, sino pensar según la naturaleza interna de las cosas. Si se empeñan a toda costa en tener una definición, fíjense en esta: la lógica es una sistematización de la intuición».

Y se echó a reír.

*

Clase sobre Adam Smith:

«Si ustedes me preguntan lo que estamos haciendo aquí, en un curso donde los paréntesis son mayores que el contenido propiamente dicho del programa, les contestaría tal vez lo siguiente: destituir valores. Los sacudimos como si fueran árboles secos. Inteligencia, individualismo, libre arbitrio, positivismo... Y buscamos un solo valor, uno que supere con mucho a todos los demás. Este se llama, si no me equivoco, la vida».

*

Miércoles y viernes, de seis a siete, curso con Blidaru. Somos unos cuantos habituales que nos conocemos sin hablarnos. Algunas veces, una cara nueva aparece en los pupitres del fondo. Me gusta volver de vez en cuando la cabeza y observar, a medida que el hombre de la cátedra habla, la sorpresa del nuevo oyente.

*

Hoy ha hablado de la superioridad de los fisiócratas sobre todas las escuelas económicas modernas. Demasiado amplio para copiar aquí los apuntes que he tomado. Hablaba con ímpetu, con un tono de violencia que prometía un giro brusco al hilo del tema. (También tiene efectos de histrión inteligente). Esperaba intrigado el desenlace, cuando, de repente, estalló bajo las ventanas una marcha militar. Una compañía con la bandera que pasaba.

Saltó de la cátedra, se abalanzó a la ventana, la abrió y se quedó allí mirando y acompasando con la cabeza el toque del primer tambor.

Luego se volvió a nosotros.

—¿Es que a ustedes no les gusta la calle?

*

Tercera clase sobre los fisiócratas. El curso de Blidaru cambia las jerarquías más asentadas. Sólo tres palabras acerca de lo que en los manuales es sacrosanto y, por el contrario, diez clases sobre lo que el manual desdeña con rabia.

«Hay en la economía fisiócrata un elemento más poderoso que todas sus ingenuidades. Desde luego, aquellos viejos de 1750 no tenían ni idea del mecanismo de circulación de bienes y lo que a este respecto imaginaron no sólo es falso sino romántico y fantasioso. De todos esos errores, queda, no obstante, una intuición que tiene un valor infinitamente superior a una estadística exacta. Su economía parte de la tierra y se vuelve a ella. He aquí una idea campesina, una idea simple de vida, una idea que viene de la biología, de las intuiciones más naturales del hombre de todos los días. Semejante verdad breve, sencilla y clara no puede ser derribada por nada.

»Desorientados como estamos, algún día volveremos a encontrar esta verdad que nos devolverá a la tierra, lo cual lo simplificará todo e instaurará un nuevo orden, no inventado por nosotros sino generado por nosotros».

*

Se habla otra vez de cerrar la universidad. Los ánimos están muy exaltados. La facultad lleva una semana ocupada militarmente.

Aún queda el curso de Ghiță Blidaru, escondido en esta oscura sala del segundo piso, adonde no viene nadie porque nadie lo sabe.

Por las noches, en el hogar, hay un silencio sepulcral. Sólo de vez en cuando, en los corredores, pasos cansados, una puerta que se cierra, una llamada que se queda sin respuesta.

Se trabaja bien con este silencio. Estoy relejendo un tratado de economía con los apuntes de Ghiță al lado. Cotejo apasionante.

*

Es preocupante. Ha venido mucha gente nueva al curso. Caras desconocidas y hostiles en los bancos de la primera fila.

Blidaru, centelleante. A fin de cuentas, el éxito inevitable. ¿Pero y si se trata de otra cosa? Ya veremos.

No, a esto no voy a renunciar. Me fui de la clase de Civil, de la de Estética, de donde habéis querido y me iré de donde queráis, de Historia, de Sociología, de Chino o de Alemán, pero no renuncio a los cursos de Ghiță Blidaru.

Por ahora, me han dado dos puñetazos en la clase de hoy y he tomado ocho páginas de apuntes. Por dos puñetazos, no es poco.

Unos cuantos me pararon en la puerta.

—¡El carné!

Habría sido una estupidez dárselo. Intenté pasar entre ellos de sopetón, por sorpresa. Me tiraron contra la pared de enfrente de un solo puñetazo. Los miré desde el rincón hasta donde me habían empujado. La puerta estaba entreabierta. Dentro se oían risas, voces y gritos de un banco a otro. Las seis menos cinco. Ghiță estaría a punto de entrar. Si me dejaran también a mí... Si me acercara a estos cafres de la puerta para hablarles, a lo mejor entenderían. Qué demonios, un

sitio en el último banco, no se iba a hundir el mundo por eso... No, era una idiotez... Se hizo silencio. Aplausos. Había entrado, seguro. Se cerró la puerta. Uno, el único que se había quedado de guardia allí, se me quedó mirando.

—¿Qué pasa, eh?

—¿Que qué pasa? Pasa que siento una enorme vergüenza por ti y por los otros, pasa que os saco a todos la cabeza, pasa que nunca conocerás la altiva tristeza de ser vencido, tú solo contra diez mil, y también pasa que mañana por la mañana veré a Ghiță Blidaru y se lo diré.

*

No puedo reconstruir la escena. Ahora me es imposible acordarme de todo. Fue brusca. Dos o tres palabras, una mirada desconcertante y listo.

Ghiță salía de secretaría. Me acerqué a hablarle. No sabía qué decirle. Juro que ya no lo sé y que esto no es ningún truco para ahorrarme un momento más de disgusto personal.

Me interrumpió.

—¿Qué quiere usted?

—Señor profesor, no me han dejado entrar y...

—Ah, ¿y qué quiere que haga yo?

Se fue sin esperar respuesta.

Tendría que haber corrido por las calles una hora, dos, tres, tendría que haberme peleado con diez mil al mismo tiempo, tendría que haber cortado con un hacha un vagón de leña para, por la noche, caer rendido en la cama y olvidar.

Tercera noche de póquer. Jugamos en la biblioteca, en torno a una palmatoria hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

Ayer gané doscientos dieciséis leus que luego me gasté en una casa de putas, donde nos fuimos todos y entramos de dos en dos.

Ionel Bercovici me dio un beso, «ya ves, y yo que te creía un roñoso».

*

Una taberna infecta. Aquel vino blanco avinagrado daba aprensión nada más mirarlo. Cerré los ojos a los primeros vasos. Luego pasaba.

Y la noche terminó a altas horas en la Cruz, en casa de Mizzi, la puta de Cernăuți, que por diez leus más hace lo que sea.

Hemos pasado todo el día caminando entre bayonetas. Estábamos un grupo pequeño abajo, en secretaría, cuando llegaron unas nutridas cuadrillas de Medicina. Estábamos cogidos por todos los lados y sólo pudimos salir custodiados por la gendarmería, rodeados por un doble círculo. Así nos llevaron por las calles, seguidos de cerca, cambiando de vez en cuando el camino, apretando el paso, parándonos en algún que otro patio, para poder despistarlos. Hasta el anochecer, hasta ahora.

Si no fuera por el gusto amargo y consolador de las noches de juego, si no fuera por la embriagadora alegría del póquer, ¿qué sería?

*

Pero sí que hay algo. El placer de ser sucio, el orgullo oculto de caer, de renunciar hoy a limpiarte el sombrero, mañana a cambiarte de camisa y pasado a arreglarte unos tacones gastados. Uno entra dentro, en las profundidades de la miseria, de modo irrevocable, y termina amándola por su cieno, por su aroma familiar, por los mendrugos de pan seco, por el calor íntimo de la humillación. Y sabe que ha perdido definitivamente el timón de la vida, que se le ha ido de las manos, una mañana, cuando no se ha cambiado el cuello de la camisa porque le tiene sin cuidado.

¿Acaso no nos han dicho una y otra vez que somos un pueblo sucio? A lo mejor es verdad. Quizá nuestro misticismo, nuestro ascetismo y nuestra santidad sean eso, la suciedad. Una forma de hacerte doblar la rodilla, una forma de mutilarte, lenta y voluptuosamente, cada vez más lejos de la estrella blanca de la pureza.

*

Me ha dicho Marga Stern esta mañana, en el patio de la residencia, cohibida, como si se tratase de una noticia que no me afectase:

—Mira, ya viene la primavera.

IV

Me he largado. Hace dos semanas, un día en el que me dije que tenía que elegir entre ser el cuarto en el póquer o vivir. Me he largado y me alegro de que haya sido difícil.

Es una habitación pequeña. Una buhardilla. Pero es mía. Una silla, una mesa y una cama. Cuatro paredes blancas y una ventana alta desde la cual se ven las copas de los árboles de Cișmigiu.⁴

Las cuentas son fáciles y me pregunto cómo no las había hecho antes.

Dos mil leus al mes: mil la habitación; trescientos, treinta panes; trescientos, treinta litros de leche; cuatrocientos para lo demás.

Voy a escribirle a mi madre para que me borde en una servilleta esta máxima que he descubierto: ¡LA VIDA ES SENCILLA!

Catorce días sólo. Me gustaría saber con precisión, estadísticamente, cuánta gente hay en esta ciudad, en este ancho mundo, más libre que yo.

He encontrado en la librería de lance, por sesenta leus, un extraordinario Montaigne, de 1760, con papel fino mate y anotaciones admirables. Apasionante. Y lo es tanto más porque él es libertino, escéptico y artista, mientras que yo sólo soy un hombre torturado.

⁴ Popular parque de Bucarest, cerca de la universidad. N. del t.

Qué buen descanso. Y no sospechaba, no sospechaba, burro de mí, que esta vacación podía existir.

He clavado en la pared de enfrente de la cama un mapa grande de Europa. Necesitaría un globo terráqueo pero no tengo bastante dinero.

Tal vez sea una tontería, pero necesito este símbolo de un mapa para apoyarme en él y leer nombres de ciudades y países. Eso me recuerda diariamente que la Tierra existe. Y que toda evasión es posible.

*

Hace un rato, Cișmigiu era una maravilla, con ese sol metálico y blanco, con el agua de un verde vegetal, los árboles sin hojas todavía y desnudos como un rebaño de adolescentes en el reclutamiento.

Qué fea va la gente con esos gabanes ya pasados, con los sombreros roídos por el invierno, con sonrisas intimidadas por el sol, con pasos pesados y enlodados. Los veía pasar y me daban pena por su inconsciente falta de gracia.

*

Una chica joven, decorosamente vestida, estaba parada en el bulevar ante un escaparate de frutas. Me puse a hablarle, de forma idiota, sobre lo que me pasaba por la cabeza, sin ton ni son. Se echó a reír y aceptó pasear conmigo.

No me preguntó dónde la llevaba, subió las escaleras y, cuando cerré la puerta, se desnudó tranquilamente. Un cuerpo pequeño, grácil, sin belleza, muy joven. Hicimos el amor de día, a plena luz del día, con la ventana abierta, los dos desnudos. La chica lloró de gusto y, después, empezó a pasearse por la habitación con mi chaqueta sobre los hombros, curiosa, rebuscando entre los papeles de la mesa, abriendo los libros y cerrándolos con ruido.

—¿Volverás?

—Volveré.

No me pidió nada. Y se me olvidó preguntarle cómo se llamaba.

¡Qué alegría estar desnudo! Sentir uno exacta, concreta y anatómicamente su equilibrio de animal reencontrado, oír los latidos seguros de la sangre, conocer el goce de levantar un brazo y de dejarlo caer, tener la sensación detallada de su vida física, la única.

Es menester inscribir esto en el elogio del amor.

*

Curioso encuentro con Ștefan Pârlea. Fue él quien me paró. Yo no me habría atrevido aunque, desde los tiempos del instituto, le guardaba, sin saber bien por qué, una pizca de simpatía.

Un chico huesudo y ceñudo, con unos apretones de mano muy fuertes, ojos de águila y una fealdad viril que casi es una forma de ser guapo.

—Mira, tío, el sol...

Nos paseamos los dos hacia los barrios de las afueras, sorprendidos de no tropezarnos con nuestro Danubio, como en casa. Me contó lo que está pasando en el curso de Blidaru, que él también había descubierto hace mucho.

Estuvimos hablando de un sinfín de cosas, libros, recuerdos, mujeres. Entramos en una panadería, al otro lado del puente, a comprar rollos con ajonjolí y nos los fuimos comiendo por la calle, ante la mirada curiosa de la gente.

—Mira, Pârlea, podríamos ser amigos si no hubiese tantas tonterías que nos separan.

—No. Te equivocas. Nosotros dos no podemos ser amigos ni hoy ni nunca. ¿No notas que yo huelo a tierra?

En sus ojos había algo absurdo y estremecedor.

¿Si noto que él huele a tierra? Pues sí. Lo noto. Y por eso lo envidio.

Tengo una nostalgia inmensa de la sencillez y de la inconsciencia. Ojalá pudiera recuperar de algún lugar del

fondo de los siglos algunas sensaciones sencillas y fuertes: hambre, sed, frío; ojalá pudiera pasar por encima de dos mil años de talmudismo y melancolía, tener otra vez, suponiendo que alguien de mi pueblo la haya tenido, la alegría límpida de vivir...

Pero mi felicidad, cuando existe, es tumultuosa, oscura, y está hecha de infinitos recodos y amenazada con caer a cada paso.

Hace tres días era feliz. Hoy estoy deprimido. ¿Qué ha sucedido? No ha sucedido nada. Un puntal interior se ha caído en alguna parte. En algún lado se ha abierto un recuerdo mal cerrado.

A los veinte años, estando sano y sin cargas personales, sentirse portador de unos destinos que lo dividen a uno por diez y lo anulan en cada uno de esos diez.

No, no somos un pueblo cómodo. Me siento tan tonto en mi compañía... ¡Qué mal ha de sentirse con esta compañía un extraño! Somos impulsivos. Somos excedidos por nosotros mismos. Sobre todo, somos impuros.

Somos: es decir, yo, Șapsă Ianchelevici y Marcel Winder.

Él huele a tierra, ¡dichoso él!

Lamento que, en esta confrontación conmigo mismo, aún conservo cierta simpatía. Lamento sorprenderme amando mi destino. Me gustaría poder detestarme violentamente, sin excusa y sin comprensión alguna. Me gustaría ser antisemita cinco minutos. Sentir en mí a un enemigo al que hay que liquidar.

*

Ha vuelto la chica de la semana pasada. No la he recibido.

—¿No me dijiste que viniera?

—Sí. Y ahora te digo que te vayas.

Algo me dice que somos incapaces de vivir hasta el final un momento de vida. Sea la que fuere. Que permanecemos eternamente junto a lo que ocurre un poco más arriba o un

poco más abajo de las cosas, pero nunca en su meollo. Que dejamos los sentimientos y los acontecimientos a medias, sin acabar, colgando detrás de nosotros, incompletos. Que nunca hemos sido del todo canallas ni del todo ángeles. Que las hogueras del alma donde nos hemos estado quemando sólo se han apagado a medias. Que hemos vivido en eternos regateos con la suerte y la desgracia.

Mejor así. Catorce horas de trabajo. El examen que se acerca no es más que un pretexto. Sin embargo, yo me siento bien en esta cárcel de libros donde ya no llega nada ni de afuera ni de dentro.

Ahora habría necesitado un tifus. Quizá este examen lo sustituya. Lo importante es olvidarme de mí, mandar al diablo todos los problemas del mundo y hacer algo de forma mecánica, agotadora, que me domine por completo.

Marga Stern ha pasado por la buhardilla, en plan amistoso. Llevaba un vestido blanco, tenía la mano caliente y suave y me la puso en la frente en son de broma.

Muy poco para seducir, mi querida amiga.

*

Marcu Klein, eres un burro y si estuvieras aquí, cerca de mí, te abrazaría y luego te soltaría cuatro tortazos de los buenos para que no los olvidaras.

No estabas solo. Estábamos contigo de cuarenta a sesenta, esperando el examen de Civil. Desde las ocho de la mañana, hora en que nos convocaron, hasta las once de la noche cuando entró, por fin, Mormorocea, el profesor. Se veía a las claras que estaba bebido y medio adormilado. Todos lo vimos al mismo tiempo que tú, tío listo. Todos estábamos cansados por esa jornada larga y miserablemente perdida. Pero entramos y nos sentamos en nuestro sitio, dócilmente, quizá un poco asqueados. Sólo tú aprestaste los puños y te quedaste con el ceño fruncido.

El hombre de la cátedra masculló una pregunta y se durmió. El chico que había a tu lado contestó muy tranquilo y con exactitud. Cuando acabó, hubo un momento de silencio.

Mormorocea soltó un gruñido, irritado de que ese silencio le hubiese interrumpido el sueño.

—No ha aprendido usted nada. Que lo diga el otro.

«El otro» eras tú. Te levantaste. Cerré los ojos porque sabía, ¿comprendes?, sabía lo que iba a venir.

—Señor profesor, esto es una desvergüenza.

¿Por qué no te callaste, Marcu Klein? ¿Quién te empujó a ti, loco, solo entre cuarenta, a condenar y a vengar? ¿De qué absurda necesidad de denunciar la injusticia vino tu grito? ¿De qué ancestral educación de la iniquidad y la revuelta? ¿Qué perverso instinto no te dejó pasar junto a una afrenta sin detenerte a descubrirla? ¿Sabes tú lo fácil que es hacer una lista de repudio? Me das una rabia enorme porque no puedo odiar lo bastante y porque soy, junto a ti, de un pueblo que no sabe aceptar y callar.

*

Telegrama a mi madre: «Exámenes aprobados. Soy feliz».

¿Soy feliz? No lo sé. Sólo sé que en casa, en la orilla derecha del Danubio, hay veinte metros de arena caliente y, frente a mí, un río entero para nadar.